A tenor de la exposición de Objetos Imposibles, de Carelman, en Madrid.

"El diseño m´encanta, oyes..."

por Lorenzo Sánchez-Seco
Diseñador



Carelman nos divierte ofreciéndonos un catálogo imposible de máquinas elementales *-sus objetos no suelen ser pasivos, casi todos funcionan-que parodian el album tecnológico del siglo XIX y su manía por maquinizar hasta los gestos más elementales según aquel estricto Magisterio de Costumbres victoriano que no toleraba el contacto directo con los objetos sin interponer un instrumento añadido, junto a las reglas para manejarlo correctamente.*

Este asco por tocar, por la obscena relación en bruto, junto a las otras dos grandes obsesiones victorianas: la extensión hasta lo agobiante de modelos, submodelos y variantes del submodelo reflejados en la enorme variedad de vestidos para todas -absolutamente todas- las ocasiones y estados de ánimo, incluyendo sus combinaciones infinitas, que se proponía a las damas ***a la mode***, *y la segunda obsesión: el objeto multiuso al estilo de la navaja suiza, del bastón-asiento, butacón de orejas de campaña plegable con juego de té chino incorporado, -of course- y el sinfín de chismes de que fue tan pródiga una sociedad que viajaba expandiéndose en sus colonias de ultramar mientras buscaba mercados para las grandes producciones en serie originadas tras la reciente Revolución Industrial.*

Tal para cual.

Esta conjunción alumbra un pandemonium de cachivaches disparatados que los gentleman contemporáneos aceptaban como el no va más del progreso.

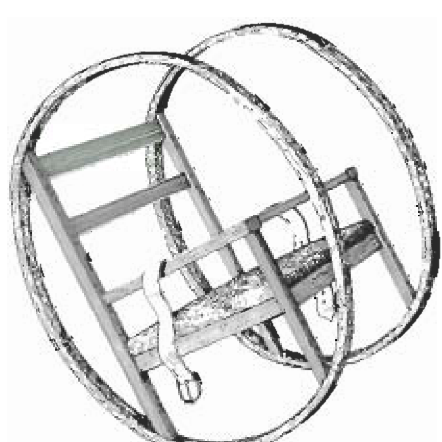
Este siglo convulso tan rico en imágenes de paisajes exóticos, veleros cargados de algodón y caravanas de colonos tuvo cronistas de muchas escuelas y talantes.

Mientras Julio Verne nos muestra sus mundos futuros conceptualmente evolucionados, ideando ideas nuevas en esquemas nuevos, el caballero victoriano opone la recombinación, plegado, amogollonamiento de los objetos de siempre.

De los dos paisajes se burla inteligentemente Carelman en su colección de chismes avanzando ese paso más que le faltaba al invento decimonónico real para caer en el ridículo.

Si de la bicicleta nacieron los sucesivos engendros, tandem, triciclos con sombrilla, bicis de pedales manuales, Carelman añade la gota de exceso y nos ofrece la bicicleta maravillosa para ir en las dos direcciones simultáneamente.

No todo es chanza, ni están todos los que son; al lado de la fábula existe una industria boyante que se toma muy en serio esta variedad de objetos neuróticos y ofrece sus productos sin ironía de ninguna clase. Otros objetos parecen perpetrados por Pedros Picapiedras de los años cincuenta o por estos tipos realmente ingeniosos,que conocemos todos, y salen de apuros tecnológicos atornillando chismes dispares alumbrando artefactos nuevos -que, además, funcionan- en el mejor estilo del ***hágalo usted mismo.***





El diseño me mata.

El objeto de compañía se ha hecho necesario en una sociedad que ve más conflictivo cada día que pasa la relación interpersonal en directo.

Los muebles y cacharritos de nuestras casas son los compañeros más cercanos, después del fiel perro y el indiferente canario, con la ventaja por su parte de ser completamente pasivos y brindarnos su muda camaradería a cambio, solamente, de haber tenido el gesto de colocarlos ahí.

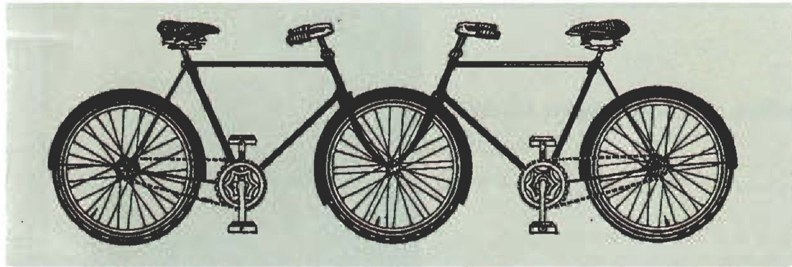
Funcionan, ante todo, ***a la vista***, *aunque sirvan para algo en realidad, esta utilidad no es el motivo primordial que les da un puesto a nuestro lado. Por encima de su razón de ser -fácilmente disculpable- prevalece la de* ***estar*** *y otorgarnos sus cualidades de presencia según un mecanismo no muy alejado del que siente un indio por las plumas que le adornan el cogote.*

Deprisa, deprisa...

Baudrillard afirma que el mejor objeto de una colección es el coleccionista mismo. Ya sabíamos de la manía emblemática burguesa por atesorar cualquier cosa -incluidos los Luises de oro- hasta extremos demenciales identificando la posesión de la serie con una bienaventurada apacibilidad de espíritu resultante de sentirse un pequeño dios capaz de crear algo con vocación de perfecta totalidad en un mundo caótico y perfectamente desordenado. El cosmos en una vitrina al fondo de la biblioteca.

Ya no se lleva este afán de orden digestivo con el tic-tac de fondo del reloj de pared. No existe ya un Orden Social en el planeta digno de protegernos, ni un futuro estable que ofrezca la seguridad suficiente para confiarle el tranquilo paso de los dias dejando al tiempo el trabajo de ritmar la vida como las estaciones miden las cosechas.

Porque esta es una de las grandes quiebras entre la Historia y este último siglo. Hasta hace dos dias prácticamente, los hechos sucedían a hechos parecidos y el hijo seguía al



padre heredando el estuche de compases, la caja de herramientas o el comedor de la casa patricia. Pero este comedor, aunque fuera de caoba y de un estilo a prueba de calendarios y que estaba ahí cumpliendo la función de representar el orden moral de la casa, no se puede exhibir hoy en dia sin ser el hazmerreir de la urbanización.
Los muebles que envejecían junto a los abuelos vivían absorbiendo algo del alma de la casa, mostrándolos orgullosos en el morbo de la pátina y en las aristas melladas; cada mella tenía su fecha y su ficha. Envejecían junto a sus dueños marcados con su personalidad. Eran muebles personalizados.
Ahora, la relación entre el individuo y la sociedad tiene sentido contrario. Está claroque el individuo no quiere servir a la sociedad, en cuanto puede se va lejos de ella, y ésta se empeña en su rol paternal de servir al individuo a través del infinito catálogo de de servicios y ofertas placenteras mostradas por la Publicidad.
Por debajo de la magnífica perspectiva aérea se mueve un ciudadano que teme una sociedad que sobrepasa su comprensión y que carece de una Utopía que ofrecer.
La contradicción entre un orden rígido repleto de señales que advierten la inconveniencia de su transgresión y la ausencia de la seguridad que, cándidamente, se espera de él, obliga a mantenerse en guardia constantemente. No hay oportunidad para hacer planes a largo plazo, no se sabe qué puede pasar mañana... Por si acaso, conviene hacer un cursillo más, aquel master,o perfeccionar el inglés.

La adolescencia, que ha sido según ley natural la época dedicada al aprendizaje, amenaza ahora con prolongarse eternamente en pos del último esfuerzo para ponerse al día. El listón de la edad adulta, en la que el hombre pasa de aprender a madurar lo que sabe y ponerlo al servicio de la sociedad, cada vez queda más lejos. La renovación es permanentemente obligada, la eterna juventud ya no se consigue pactando con el diablo, basta ingresar en una multinacional para enterarse de lo que vale un peine...

Cada fenómeno social acarrea sus modas y estilos de vida implícitos con el repertorio de objetos que son, al fin, la concreción física de todo el conjunto. La traducción material de las conductas.

Los objetos que nos acompañan ahora deben cumplir su tarea tan fugazmente como se suceden los cambios que sufre -o disfruta- su dueño. Su función primordial ya no es exactamente reflejar como un espejo la vida interior de su propietario en su antíguo papel de coloquiante, testigo de los ratos pasados en compañia, sino de proclamar a los extraños que les visitan -a ellos y a su dueño- el **standing** de la casa y de crear entre todos la atmósfera que inducirá al espectador a hacerse una idea, lo más exacta posible, de quién es y que hace su amo.

Cada objeto que se renueva en el escaparate de la tienda de moda trae ya consigo su manual de instrucciones, su curriculum puesto antes de haber empezado a vivir, como la pianola, que pareciendo un piano abierto a nuestra voluntad y dominio, nos traiciona con su rollo aprendido de antemano para prescindir de nosotros.
Son objetos resabiados que se saben su papel. Ahí radica su virtud más excelente y desable: como saben hablar nos evitan ese fatigoso y caduco experimento que según dicen los viejos llegó a ser el arte de la conversación. Son autónomos, independientes, impermeables y refractarios, a no ser para otros muebles, con los que cabe la posibilidad de que hagan regulares migas.

La mobilización

Así las cosas, si la oferta innúmera de muebles y objetos varios se defiende con un argumento tan sutilmente -por lo flojo, no por lo fino- humanista como es la personalización, basado en que la oferta infinita asegura la originalidad por hacer probabilísticamente imposible la coincidencia de dos muebles iguales en casa distintas, se deja observar una contradicción de mucho bulto.
Si entendemos que la personalización de un objeto es el fenómeno transitivo según el cual la persona da, y el objeto recibe en igualdad de condiciones de presión y temperatura, será necesaria una virginidad previa del objeto en cuestión o, al menos, una actitud benevolentemente receptiva por su parte, a la vez que esté garantizada la capacidad de donación del usuario de los atributos que, al fin y al cabo, son el objeto de la dichosa personalización.
Dicho de otra forma: el usuario debe ser más listo que su sillón según una máxima, reputada como de mucho fundamento, entre los domadores respecto de sus animales.

La sinfonía de los juguetes

Como veíamos antes, los tiempos modernos mueven las cosas y las personas de otra manera. Los muebles ya vienen con la lección aprendida, incluso salen algo contestones si los firma un diseñador de campanillas, condenando al usuario al papel de espectador sordomudo cuando no a hacer el ridículo sentado en una silla muchísimo más guapa que él.
Y en esta tesitura, dificil se pone la tarea de personalizar unos muebles que ostentan insultantemente más personalidad que su dueño, al que le costó Dios y ayuda acabar las últimas asignaturas de la carrera por no recordar los apuros en sacar adelante la hipoteca del piso.
Ese mueble, junto a sus compañeros de horda, darán una imagen excelsa de **yuppismo** feroz, o de profesor de literatura ansiado por las Universidades de Verano, o cualquier otro status dorado del momento.
La pugna mueble-ususario no durará demasiado porque un momento después la moda impondrá un nuevo diseño con tanta vehemencia como antipatía producirá la presencia obsoleta del anterior. La cadena debe proseguir, y los objetos montan un escenario renovado al que asistimos como convidados de piedra necesarios apenas para justificar el tinglado.

Este ir y venir vertiginoso de cachivaches no deja tiempo para seducirlos. Entran y salen con su soberbia independencia intacta. No nos han permitido personalizarlos ni hacernos la vaga ilusión siquiera de que con el tiempo nace el cariño.
Sin embargo, la influencia contraria sí que funciona, y vigorosamente, Si alguien nos ve de lejos en una reunión y quiere señalar nuestra presencia a su vecino, dirá: mira, aquel de las gafas tiene en su casa una cafetera de Mendini, y ya está todo dicho...

